

# CULTURA HISPANO-AMERICANA

ÓRGANO DEL CENTRO DE ESTE NOMBRE

Año I

Mayo 1912

Núm. 1

## Cultura Hispano-Americana.

---

CULTURA HISPANO-AMERICANA es la primera forma de una grande aspiración que el creador del Centro de este nombre, y con él sus fundadores todos, no quieren lanzar apriorísticamente á la publicidad plasmada en los estrechos moldes de un propósito individual, sino que aspiran á modelar amorosamente sobre la opinión y sobre los ideales é intereses de los españoles de ambos mundos.

Mientras llega la hora de realizar esa grande aspiración, y como medio eficaz de allegar los múltiples elementos necesarios á su constitución, como ensayo y preámbulo de esa Revista futura, nace con modestos principios, pero con generosos alientos y altas aspiraciones, esta publicación, que condensa y exterioriza los propósitos y anhelos de nuestro Centro, es su expresión más íntegra, espiritual y viviente: su palabra. Palabra humilde cuanto enérgica y valiente; humilde, porque nada puede prometer aún; valiente y enérgica, porque está forjada en la más recia voluntad y encendida en el más vivo espíritu de amor; y porque como palabra de amor se da entera á todos, y todo lo espera de quienes respondan al alto espíritu que la anima.

Nuestra obra no será egoístamente nuestra, será de cuantos comulguen con nuestros ideales: no pretendemos fundar cátedra de nada; alzamos una tribuna al aire libre para que á ella suban americanos ó españoles, cuantos tengan algo bueno, bello ó útil que decir á sus hermanos de

raza. Ni el modesto órgano actual, ni la Revista grande— si llegamos á crearla—, ninguna publicación surgida del Centro de Cultura, pretenderá ser un monólogo que España pronuncie de cara hacia América, considerándola aún como elemento pasivo, no; queremos algo más generoso y transcendental y más conforme con las imposiciones de la realidad ineludible; aspiramos á inaugurar, en su día, una Revista que sea verdadero diálogo hispano americano, donde la voz de la gran madre alterne con las de las naciones del Continente nuevo; una verdadera República literaria donde espiritualmente conviva la raza que ni el Océano, ni la emancipación, ni influjo alguno, logrará separar, porque la unirán siempre la heredada sangre, las poderosas leyes fisiológicas y psíquicas de la herencia y la consanguinidad eterna del idioma, que no es un mero amontonamiento de vocablos, sino la esencia misma de la estirpe, una é indivisible como el alma que nos anima.

De ese alma alentamos todos los españoles de ambos mundos, de ese alma alienta nuestra nacionalidad y las nacionalidades todas hispano-americanas; ese alma es el lazo común, la fuerza cohesiva de la raza y la fuerza individual de cada una de las naciones de Hispano-América. Por eso, á la conservación y difusión de la lengua, tanto como á la reedificación de nuestra común historia, se dirigirán con preferencia nuestros esfuerzos; aunque no sólo en estos dos altos objetivos hemos de emplearlos, sino que, con amplio criterio y anhelo generoso, pondrémoslos al servicio del arte, de la ciencia, de la industria, del comercio, y singularmente los aplicaremos al fomento de la cultura, de la educación y del turismo, y al acrecentamiento de toda especie de medios de comunicación y de intercambio, multiplicando así y estrechando más cada día los lazos de unión y solidaridad, que volverán á juntar en una gran familia de naciones á los españoles de ambos mundos.

El momento es excepcionalmente propicio á todo intento de aproximación hispano-americana; la voz de la



raza grita en los corazones, y á los reclamos del amor súmanse las imposiciones del instinto de propia conservación ante comunes peligros y los apremios de los más altos intereses morales, intelectuales y financieros, que urgentemente reclaman esta unificación étnica, que es el más grande y fecundo de los ideales de la estirpe.

Para prepararla, reedificando la historia de nuestra cultura y restaurando en nosotros la conciencia de nuestra espiritual grandeza por casta alguna de gentes superada, suscitó Dios entre nosotros al gran polígrafo, al insigne maestro Menéndez y Pelayo, á quien lloramos todos, y cuyo nombre debe ser desde ahora símbolo y promesa de la eterna unión de la raza y nueva gloria común de los pueblos hispano-americanos.

Al lanzar en nombre de tan altos ideales este cable de amor á nuestros hermanos de América, seguros estamos de que millones de manos amigas se tenderán para asir de él y amarrarlo á la otra orilla del Atlántico, inaugurándose así una activa comunicación espiritual entre las dos Españas. ¡Y quién sabe si de tan humildes principios se engendrarán grandes y fructuosos efectos, ya que todo puede esperarse de las empresas iniciadas con esperanza y por amor!

BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ.

## DE LA PERENNIDAD DEL CASTELLANO EN AMÉRICA

fundada en ejemplos de poetas antillanos,  
dominicanos especialmente, y aun del conti-  
nente meridional.

CONFERENCIA DADA EN EL CENTRO DE CULTURA HISPANO-AMERICANA POR D. ELISEO  
GRULLÓN, CÓNFUL GENERAL DE LA REPÚBLICA DOMINICANA EN MADRID,  
EL 14 DE MARZO DE 19'2.

SEÑORAS Y SEÑORES: No es un discurso lo que vais á oír, sino, antes bien, una mera plática ó conferencia familiar sobre el tema oportunamente comunicado; que hablar ante vosotros, siquiera sea en estilo tosco é incoloro, desde esta tribuna de América en España, será siempre un compromiso penoso para el orador que se sienta inferior á su tarea...

Mas, aun así, habré de sobreponerme á las justísimas preocupaciones del amor propio, no sólo por deferencia á los deseos del dignísimo presidente de este Centro, nuestro amigo el entusiasta americanista D. Luis Palomo, sino también en gracia del objetivo superior que persigo, cual es daros á conocer algo de lo mucho bueno que encierra nuestra América, esa América descubierta y poblada por vuestros nautas é hijodalgos, y que por esta misma razón, y sean cuales fueren los dictámenes de la política mundial, es y será siempre española, por el ritmo y la fuerza de la sangre, por los impulsos de la raza, por la inspiración de sus vates y—más que nada—por el vínculo indestructible é impercedero del idioma.

Desde este punto de vista especial del lenguaje, considerado como medio de expresión de la raza, habréis de permitirme, señoras y señores, que os recite algunas composiciones de autores antillanos, ó, mejor dicho, que corresponden á la zona bañada por el Mar Caribe, sin detenerme en disquisiciones acerca de los caracteres y tendencias de la poesía americana; porque ésta, de un modo general, y salvo indispensables rasgos individuales, efecto del medio, es—las más de las veces, y no podía ser de otro modo—reflejo, cuando no imita-



ción, de la poesía de nuestros mayores de aquende el Atlántico; que no en balde suelen los hijos, tras el período del inevitable balbuceo, hablar la lengua de sus padres después de emancipados; y ya veréis, por efecto de las recitadas composiciones, cómo distamos mucho de haber comprometido ó mermado el rico tesoro del habla heredada de nuestros progenitores, toda vez que aún se escribe en algún rincón de América, sin saberlo acaso vosotros é ignorándolo tal vez muchos americanos, la lengua que usaron vuestros grandes hablistas en el siglo de oro de la literatura castellana.

Lo probaré con ejemplos.

Principiaremos por la poetisa dominicana Salomé Ureña de Henríquez. Esta, al crecer en un ambiente saturado con recuerdos de la «España vieja», como decimos en Santo Domingo para designar el período inmediatamente anterior al de la Independencia, detiéndose á contemplar, [interrogándolas, las ruínas de que hasta hace poco estuvo matizada la ciudad antigua, levantada á orillas del Ozama por los conquistadores—ruínas de conventos y de casas solariegas, cuyos moradores, ó tornaron á la Metrópoli después de cumplida su misión, ó] siguieron en pos de mayores empeños al Continente.

Ved aquí cómo se expresa la evocadora de aquel pasado histórico:

## RUINAS

Memorias venerandas de otros días,  
soberbios monumentos,  
del pasado esplendor reliquias frías,  
donde el arte vertió sus fantasías,  
donde el alma expresó sus pensamientos...

Al veros, ¡ay!, con rapidez que pasma  
por la angustiada mente  
que sueña con la gloria y se entusiasma,  
ciscurre como aligero fantasma  
la bella historia de otra edad luciente.

¡Oh, Quisqueya! Las ciencias agrupadas  
te alzaron en sus hombros,

y hoy nos cuenta tus glorias olvidadas  
la brisa que solloza en tus escombros.

Ayer, cuando las artes florecientes  
su imperio aquí fijaron,  
y tuviste creaciones eminentes,  
fuiste pasmo y asombro de las gentes  
y la Atenas moderna te llamaron.

Aguila audaz que rápida tendiste  
tus alas al vacío

y allá sobre las nubes te meciste,  
¿por qué te miro desolada y triste?  
¿do está de tu grandeza el poderío?

Vinieron años de amarguras tantas,  
de tanta servidumbre (1),  
que hoy, esa historia al recordar, te espantas,  
porque inerte, de un dueño ante las plantas,  
humillada te vió la muchedumbre.

Y las artes, entonces inactivas,  
murieron en tu suelo;  
se abatieron tus cúpulas altivas,  
y las ciencias tendieron, fugitivas,  
á otras regiones, con dolor, su vuelo.

¡Oh, mi Antilla infeliz que el alma adora!  
Dequiera que la vista

ávida gira en su entusiasmo ahora,  
una ruina denuncia, acusadora,  
pasadas glorias de tu genio artista.

¡Patria desventurada! ¿Qué anatema  
cayó sobre tu frente?

Levanta ya de tu indolencia extrema:  
la hora sonó de redención suprema,  
y ¡ay si desmayas en la lid presente!

Pero ¡vano temor! Ya, decidida,  
hacia el futuro avanzas;  
ya del sueño despiertas á la vida,  
y á la gloria te vas, engrandecida,  
en alas de risueñas esperanzas.

Lucha, insiste, tus títulos reclama:  
que el fuego de tu zona  
preste á tu genio su potente llama  
y, entre el aplauso que te dé la fama,

(1) Alude á la invasión haitiana.



vuelve á ceñirte la triunfal corona.

Que, mientras sueño para ti una palma,  
y al porvenir caminas,  
no más se oprimirá de angustia el alma  
cuando contemple, en la callada calma,  
la majestad solemne de tus ruinas.

¿No os parece, señoras y señores; no os parece oír como un eco de la Musa grandilocuente de vuestro glorioso Quintana? Pues bien; borrad el nombre de Quisqueya; sustitúidle con la palabra «España», y tendréis cabal y donosamente expresado ó traducido por el estro de la poetisa dominicana el patriótico ardimiento de que tantas pruebas disteis en vuestra historia, el inmenso amor que profesáis á esa *alma parens*, madre augusta y prolífica de diez y siete naciones que han recibido como legado histórico el deber de mantener puro y sin mengua, y antes bien acrecentándole, el maravilloso instrumento de cultura y civilización en que han de transmitir á las más remotas generaciones el pensar y el sentir de una parte — no insignificante, por cierto — de la humanidad pobladora del Nuevo Mundo. ¡Qué mucho, pues, que nosotros seamos hijos de nuestros padres y expresemos los mismos hondos afectos en las formas por ellos usadas!

Oíd ahora cómo acoge y saluda al invierno aquella mujer extraordinaria, que no salió nunca de su país, ni tuvo más escuela que los libros que solíamos prestarle sus amigos y admiradores con el propósito de estimular su afición á las bellas letras:

## LA LLEGADA DEL INVIERNO

Llega en buen hora; mas no presumas  
ser de estos valles regio señor,  
que en el espacio mueren tus brumas,  
cuando del seno de las espumas,  
emerge el astro de esta región.

En otros climas, á tus rigores  
pierden los campos gala y matiz,

cesan las aguas con sus rumores,  
no hay luz ni brisas,  
mueren las flores,  
huyen las aves á otro confín.

En mi adorada gentil Quisqueya,  
cuando el otoño pasando va,  
la vista en vano busca tú huella,  
que en esta zona feliz descuella  
perenne encanto primaveral.

Que en sus contornos el verde llano,  
que en su eminencia la cumbre azul,  
la gala ostentan que al suelo indiano  
con rica pompa viste el verano  
y un sol de fuego baña de luz.

Y en esos campos donde atesora  
naturaleza tanto primor,  
bajo esa lumbre que el cielo dora,  
tiende el arroyo su onda sonora  
y alzan las aves tierna canción.

Nunca abandonan las golondrinas  
por otras playas mi hogar feliz,  
que en anchas grutas al mar vecinas  
su nido arrullan de algas marinas,  
rumor de espumas y auras de Abril.

Aquí no hay noches aterradoras  
que horror al pobre ni angustia den,  
ni el fuego ansiando pasa las horas  
de las estufas restauradoras  
que otras regiones han menester.

Pasa ligero, llega á otros climas  
donde tus brumas tiendas audaz,  
donde tus huellas de muerte imprimas;  
que, aunque amenaces mis altas cimas,  
y aunque pretendas tu cetro alzar,

siempre mis aguas tendrán rumores,  
blancas espumas mi mar azul,



mis tiernas aves cantos de amores,  
gala mis campos, vida mis flores,  
mi ambiente aromas, mi esfera luz.

La poetisa asiste entristecida á las luchas civiles promovidas por los partidos políticos en un período de transformación dolorosísima de la sociedad dominicana. Mientras aquellos desgarran el seno de la patria, ella, fijos los ojos en su ideal, sueña con el advenimiento de mejores días y canta las glorias del progreso, la fe en el porvenir, las excelencias del saber y la virtud. Oídla en su coloquio con la Patria, al hacerle la ofrenda de las primeras maestras normales por ella formadas:

Hace ya tanto tiempo, silenciosa,  
si indiferente no, Patria bendita,  
yo he seguido la marcha fatigosa  
con que llevas de bien tu ansia infinita.

Ha tiempo que no llena  
tus confines la voz de mi esperanza,  
ni el alma que contigo se enajena  
á señalarte el porvenir se lanza.

He visto á las pasiones  
levantarse en tu daño conjuradas,  
para ahogar tus supromas ambiciones,  
tus anhelos de paz y de progreso,  
y rendirse tus fuerzas fatigadas  
al abrumante peso.

¿Por qué siempre que el ruido  
de la humana labor que al mundo asombra,  
recorriendo el espacio estremecido  
á sacudir tu indiferencia viene,  
oculta mano férrea, entre la sombra,  
tus generosos ímpetus detiene?

¡Ah! Yo quise indagar de tu destino  
la causa aterradora;  
te miro en el comienzo del camino  
clavada siempre allí la inmóvil planta,  
como si de algo que en llegar demora,  
de algo que no adelanta,  
la potencia aguardaras impulsora.

¡Quién sabe si tus hijos  
esperan una voz de amor y aliento!  
dijo el alma, los ojos en ti fijos,  
dijo en su soledad mi pensamiento...

¿Y ese amoroso acento  
de qué labio saldrá que así sacuda  
el espíritu inerte y lo levante,  
la fe llevando á reemplazar la duda  
y del deber la religión implante!

¡Ah! La mujer encierra,  
á despecho del vicio y su veneno,  
los venenos inmensos de la tierra,  
el germen de lo grande y de lo bueno.

Más de una vez, en el destino humano,  
su influjo se ostentó noble y fecundo:  
ya es Veturia, y desarma á Coroliano,  
ya Isabel, y Colón halla otro mundo.

Hágase luz en la tiniebla oscura  
que al femenil espíritu rodea,  
y en sus alas de amor irá segura  
del porvenir la salvadora idea.

Y si progreso y paz é independencia  
mostrar al orbe tu ambición aspira,  
fuerte, como escudada en su conciencia,  
de sus propios destinos soberana,  
para ser del hogar lumbrera y guía,  
formemos la mujer dominicana.

Así, de tu futura  
suerte soñando con el bien constante,  
las fuerzas consagré de mi ternura,  
instante tras instante,  
á dar á ese ideal forma y aliento,  
y rendirte después como tributo,  
cual homenaje atento,  
de mi labor el recogido fruto.

Hoy te muestro, ferviente,  
las almas que mi afán dirigir pudo:  
yo les dí de verdad rica simiente,  
y razón y deber forman su escudo.

.....  
Que si cierto es, cual puro,  
mi entusiasta creer en esas glorias  
que siempre, siempre con placer te auguro;



si no mienten victorias,  
la voz que en mi interior se inspira y canta,  
los sueños que en mi espíritu se elevan,  
«ellas», al porvenir que se adelanta,  
de ciencia y de virtud gérmenes llevan.

No creáis, empero, señoras y señores, que tal elevación de conceptos y de sentimientos sea óbice para que la poetisa dominicana sienta como mujer los íntimos afectos de la vida. No; el caso es que su exquisita sensibilidad se ocultaba en el ánfora de su corazón, la cual no vertía el licor transparente en ella contenido sino en las grandes ocasiones. Ved, por ejemplo, cómo exclama al nacer su primogénito:

Los cielos se inclinaron,  
y descendió al hogar, entre armonías,  
el ángel que mis sueños suspiraron,  
nuncio de bendiciones y alegrías...

Efectivamente, ya había unido aquélla su suerte á la del doctor D. Francisco Henríquez y Carvajal, escritor y pensador dominicano que honra á su país con las varias manifestaciones de un talento enciclopédico: galas de aquel hogar, en que brillaban como joyas cornelianas, fueron dos jóvenes, quienes, apenas adolescentes, traspusieron los horizontes patrios, y descuellan hoy en el palenque literario de Cuba y Méjico, ya como periodistas, ora como polígrafos y críticos de alto relieve. Refiérome á los hermanos Max y Pedro N. Henríquez Ureña.

Tócame ahora, señoras y señores, presentaros otro poeta nacional dominicano, José Joaquín Pérez, autor de las «Fantasías indígenas», evocador de la raza mansa é interesante que poblaba la isla de Quisqueya ó Haití—después Española—al llegar los descubridores á las playas del Archipiélago en 1492.

En contraste con la serena acfitud hierática de la Ureña, y como expresión de la vida tormentosa que tocó en suerte á la generación que ya va desapareciendo, quiero daros á co-

nocer el canto intensamente lírico en que se desborda la alegría exuberante del bardo al volver á su hogar después de amargo destierro. Es un canto típico, porque caracteriza la historia política de una época en que la alternativa del poder era siempre el ostracismo; pues al triunfar el caudillo del día solía hacer tabla rasa con los partidarios del régimen anterior al de su advenimiento. Oído, pues:

## LA VUELTA AL HOGAR

Ondas y brisas, brumas, rumores,  
suspiros y ecos del ancho mar,  
¡adiós!, que aromas de puras flores,  
¡adiós!, que todo cuanto se alcanza,  
dicha, esperanza,  
y an cr, me llaman allá en mi hogar.

¡Ya ve el proscrito sus patrios lares!  
¡Ve azules cumbres lejos sombrear,  
grupos de nieblas crepusculares,  
y el ansia siente del paraíso  
que darle quiso  
Dios en el seno del dulce hogar!

Si peregrino, si solitario  
ctras regiones se fué á cruzar,  
la ley temiendo de un victimario;  
¡el caos qué importa, si un sol luciente  
brilla en su frente  
y hoy, sonreído, vuelve al hogar?

¡No más torturas en su alma libre!  
¡No más memoria de su pesar!  
No el odio estéril sus rayos vibre,  
que el patriotismo ya sólo espera,  
por vez primera,  
calma y consuelo bajo el hogar.

Virgen de América, suspiradora



cautiva indiana, vuelve á gozar;  
si atrás hay sangre, luz hay ahora...  
Ayer el hierro y hoy es la idea...  
¡Tu gloria sea  
ver á tus hijos junto al hogar!

¡Cuán bella eres acariciando,  
todos unidos, los que al vagar—  
errantes unos y otros luchando—  
sufrieron ruda la tiranía,  
que hacer quería  
huérfanos tristes sin pan ni hogar!

¡Ya no hay festines patibularios!  
¡Ya no hay venganza con qué saciar  
su vil codicia crueles sicarios!  
¡Ya no hay vencidos ni vencedores!  
¡Sólo hay de flores  
castas coronas en el hogar!

... ¡Y «¡ Ven!», le dice cada paloma,  
feliz y rauda, que ve cruzar  
desde la cumbre de enhiesta loma,  
cuando las alas tiende y su arrullo  
mezcla al murmullo  
del río que baña su dulce hogar!

¡Y «¡ Ven»!, le dice, ronco, el estruendo  
que hace en las rocas lejos el mar!...  
¡El mar, que un día su adiós oyendo,  
fué de ola en ola su adiós llevando,  
luego tornando  
con hondos ayes del pobre hogar!

... Así—suspiros, brisas, rumores,  
lánguidas ondas y ecos del mar—,  
adiós decidme, que todo: amores,  
gloria, esperanza, paz bendecida,  
tiene hov la vida  
del pobre bardo vuelto al hogar!

Antes de proseguir, permitidme que manifieste el juicio  
formulado acerca de los dos grandes líricos dominicanos por

vuestro ilustre polígrafo, «el que todo lo sabe en España», como con razón decís vosotros, D. Marcelino Menéndez y Pelayo: «Para encontrar verdadera poesía en Santo Domingo—dice—hay que llegar á D. José Joaquín Pérez y á doña Salomé Ureña de Henríquez; al autor de «El junco verde» y de «El voto de Anacaona» y de la abundantísima «Quisqueyana», en quien verdaderamente empiezan las «Fantasías indígenas», interpoladas con los «Ecos del destierro» y con las efusiones de «La vuelta al hogar»; y la egregia poetisa que sostiene con firmeza en sus brazos juveniles la lira de Quintana y de Gallego, arrancando de ella robustos sonos en loor de la patria y de la civilización, que no excluyen más suaves tonos para cantar deliciosamente «La llegada del invierno», ó para vaticinar sobre la cuna de su hijo *primogénito*.»

Volvamos ahora á los indígenas de Quisqueya. El núcleo de la raza lucaya que la poblaba, venida del Norte por la Florida, y que formó una subraza con los aluviones de los temibles caribes, procedentes del Continente meridional por el Sur, era de costumbres suaves, accesible á la poesía, que cultivaba en sus «aréitos» ó cantos civiles y religiosos.

Eran sus caciques: Anacaona, en lucayo «Flor de oro fino», hermana del prudente Boechío, esposa de Caonabó, «Señor de la casa de oro», á quien, no pudiendo reducir el conquistador, hubo de engañar por medio de esposas colocadas como adorno, y que sirvieron para apresarle; Guacanagarí, el incauto, que pactó con el «Arijuna» la cesión de un sitio para edificar el fuerte de Navidad en sus costas de Marien; Guarionex y Cotubanama, que se distinguieron en la defensa del territorio contra los invasores, y, por fin, el último en el tiempo y más grande de todos, el verdadero héroe quisqueyano, el cacique Enriquillo, superior á Hatuey, porque, en vez de desertar como éste el campo del combate para llevarlo á la vecina isla de Cubanacán, supo localizar las operaciones bélicas en una región propicia á la defensa, organizando, concentrando y disciplinando allí los restos de las tribus errantes, diezmadas por la persecución y la enfermedad, y mostrándose, en fin, tan tenaz, inteligente y humanitario—como discípulo que había sido de los padres dominicos en la ciudad de Santo Domingo—que mereció del gran emperador



Carlos V le reconociese como beligerante, firmando con él un pacto y concediéndole un feudo en donde pudiese retirarse con sus vasallos, en 1533.

El héroe de esta campaña, con pluma inimitable narrada por nuestro gran prosista Manuel de J. Galván, en su admirable leyenda histórica «Enriquillo», fué el verdadero iniciador de los procedimientos de transacción y de concordia en América y el primero en aplicarlos en las luchas de independencia.

En esas mismas luchas esgrimieron sus primeras armas, preparándose para la homérica hazaña de sojuzgar un Continente, casi todas las grandes figuras de la conquista de la América Central y Meridional. En ellas militaron Diego de Velázquez, Hernán Cortés, Alonso de Ojeda, Juan de Grijalba, Nicuesa, Vasco Núñez de Balboa, Francisco Pizarro..., y también, en otro orden de ideas, el gran apóstol y protector de los Indios, Bartolomé de las Casas, gloria de la humanidad, con quien tan injustos fueron sus contemporáneos.

Veamos ya el poema con que se abre el tomo de las «Fantasías indígenas», y que se titula *El junco verde*:

## I

Fugaz sobre el cerúleo mar caribe  
al soplo inquieto de la brisa vuela,  
y el dulce rayo matinal recibe  
del inmortal Colón la carabela.

El, de pie en la prora, absorto mira  
en lontananza vago punto verde,  
que, cual juguete de las ondas, gira,  
y en la vasta extensión del mar se pierde.

—¡A virar!—grita trémulo, agitado,  
con la emoción del que, temiendo, espera,  
y ve en el porvenir ya realizado  
lo que un sueño falaz tan sócic era...

Dócil cede la nave; en pos se lanza  
de eso que, informe, en el abismo vuela.  
¡Dulce y vago vislumbre de esperanza  
con que el alma del nauta se consuela!

En febril ansiedad Colón suspira

sus ojos el espacio devorando;  
y ya, á la luz crepuscular, se mira  
cerca el objeto ante la proa flotando...

«¡ Hosanna! ¡ Gloria!»—de rodilla entona—.

«¡ Oh, bendito el Señor por siempre sea!»

Y á un éxtasis de dicha se abandona  
aquel genio inmortal que un mundo crea.

Agrúpase la turba que, insolente,  
sacrificarlo á su furor quería;  
y dobla humilde, con fervor, la frente  
ante el noble coloso que la guía...

... «¡ Mirad!»—dice Colón—. He aquí mi gloria.»

Y del océano su potente mano  
recoge un «junco verde», cuya historia  
guarda un profundo y misterioso arcano.

Aquel «junco», viajero solitario  
en la vasta extensión del mar, encierra  
el «fiat» fecundo, poderoso y vario:  
la esperanza inmortal de luz, ¡ la tierra!

Reliquia del amor que la ígnea zona  
ofreciera al intrépido marino;  
rico florón de la primer corona  
que, sonriendo, le ciñe ya el Destino.

Por eso él á su seno la comprime  
y en él sus labios afanoso sella,  
pues ese «junco» el corazón redime  
donde el pesar profundizó su huella.

## II

Mientras la brisa nocturnal, soplando  
rauda, empuja la frágil carabela,  
el extenso horizonte contemplando,  
en dulce insomnio el Almirante vela.

¡ Noche de sombras, de perenne anhelo,  
en que cada celaje que fulgura—  
débil reflejo de la luz del cielo—  
el nuevo mundo que soñó le augura!...

La sutil, vaporosa y áurea niebla—  
nuncio del alba—en el espacio gira,  
y el mar, y el aire, y los confines puebla,  
y todo aliento de placer respira.

Del tope de la «Pinta», que se avanza,



«¡Tierra!», dice una voz, y el eco vibra;  
y ese grito sublime de esperanza  
conmueve el corazón en cada fibra...

Allá—entre la infinita muchedumbre  
de las galas que espléndida atesora  
tras la bruma lejana—enhiesta cumbre  
surge al beso del rayo de la aurora.

«¡Mundo de amor, risueño paraíso!  
¡Verde oasis de luz en mi desierto!  
Yo te bendigo, porque en tí Dios quiso  
brindarme al fin de salvación el puerto!»

Así exclama Colón, y en la ribera  
de esa ignota región de maravilla,  
«en el nombre de Dios», con fe sincera,  
tremola el estandarte de Castilla...

.....

Á vuestro criterio dejo, señoras y señores, el apreciar las bellezas que el ritmo alado de esta poesía encierra, pues me urge daros á conocer otro poeta dominicano, maestro de la generación á que pertenecieron la Ureña y José Joaquín Pérez. Refiérome al hombre público, orador y jurista dominicano á quien el respeto de sus coetáneos continúa llamando «Don Félix María Delmonte», discípulo de Campoamor en sus mocedades, á juzgar por la dolora intitulada «Él y ella», que voy á recitaros, y que escribió por los años de 1860 á 65, cuando apenas había creado el género vuestro ilustre conterráneo. Vedla aquí:

## ÉL Y ELLA

### ÉL

Yo vi una flor en el verjel risueño  
de puro, suave olor;  
la contemplé con ansia: tenía dueño...

¡Tú eres, ¡ay!, la flor!

Ví una paloma cándida, bizarra,  
mecerse en el bambú:  
mi mano esquivaba por alevé garra...

¡La paloma eres tú!

Mórbida ondina ví sobre alba espuma  
cual fantástica hurí:

quise estrecharla y se ocultó en la bruma...  
 ¡Tú eres la ondina, sí!  
 Ya dí mi adiós á la ilusión mentida;  
 mas, terco soñador,  
 triple tu imagen llevo aquí esculpida,  
 paloma, ondina, flor!

### ELLA

Cuanóo mecida en el verjel risueño,  
 exhalaba su olor,  
 tu tímido anhelar de extraño dueño  
 hizo la mustia flor.  
 Gimió blanca paloma en garra dura  
 desde enhiesto bambú.  
 porque su arrullo de genial ternura  
 no comprendiste tú.  
 La ondina que miraste entre alba espuma,  
 amante cual la hurfí,  
 fugar no quiso: coqueteó en la bruma  
 por agradarte á ti...  
 ¡No califiques de ilusión mentida  
 tan inefable amor:  
 que aún conservan su magia indefinida  
 paloma, ondina y flor!...

¿No es cierto, señoras y señores, que el encanto de esta sugestiva composición no consiste tanto en el valor y propiedad de las imágenes cuanto en la deliciosa emoción que produce la contraria interpretación dada á un mismo sentimiento por dos amantes que no se comprenden? El caso, tan felizmente puntualizado por el poeta, es un episodio que ocurre á diario en las relaciones de la vida social. ¡Cuántos hombres pasan al lado de la felicidad y del amor sin advertirlo ni comprenderlo! Y ¡cuántos hogares, ¡ay!, que habrían sido venturosos, si la preocupación, el orgullo ó la fatalidad no hubiesen puesto freno á la lengua y contenido en los labios de la amada la confidencia de un *sí* que no llegó á sonar!

Y ya que hemos nombrado de pasada al gran humorista



castellano, me permitiréis refiera un recuerdo personal, interesante por lo raro del caso que evoca: el de una dolora escrita en francés allá en América en el último tercio del siglo XIX. Ese caso es el siguiente:

El pueblo haitiano y el dominicano conviven en la misma isla de Haití ó de Santo Domingo, como fué llamada por los franceses, ocupando la República Dominicana, aunque menos poblada, las dos terceras partes del territorio al Este, y la República Haitiana una tercera parte al Oeste; esto así en virtud del Tratado de Aranjuez, que reconoció á Francia en 1777 aquella parte de la isla, que había sido invadida por bucaneros y filibusteros ingleses y franceses, mientras sus metrópolis guerreaban contra España. Tenemos, pues, dos nacionalidades en la misma isla: la derivada de la antigua colonia francesa, cuyo idioma oficial es el francés, cuya capital es Portau-Prince, y la originada por los colonos españoles, cuya lengua es el castellano, y cuya capital, Santo Domingo. Pocas son las relaciones mantenidas por las dos colectividades, de costumbres y tradiciones distintas, separadas—excepto en la línea fronteriza—por el valladar del idioma, que suele ser barrera infranqueable entre los pueblos.

Allá por el año 75 del pasado siglo llevaron á la ciudad de Cabo Haitiano las vicisitudes de la política á varias familias dominicanas, la de mis padres entre ellas. Allí relacionéme con Osvald Durán, el poeta nacional de Haití en aquella época, al que traté de iniciar en el culto de la poesía castellana. Con admirable facultad asimiladora estudió éste á Campoamor y trató de verter al francés esa forma rara, mezcla de razón picaresca y sentimiento ingenuo, que informa la poesía del vate asturiano.

Escribió primero una dolora, que me dedicó, sobre un cuento de hadas, de la que sólo recuerdo la introducción:

De Campoamor, la muse espagnole,  
Je choisis le genre, et viens vous offrir  
Des vers où le rire est triste et que souffrir  
Semble couronner comme une auréole.  
C'est si vrai d'ailleurs; tel vous chantera

Sur un rythme gai sa douleur amère  
 Qui, pour un baiser hélas ! ephémère,  
 N'aura que des pleurs : oui, tout n'est que chimère,  
 Comme je le prouve en ma dolora.

Mas si logró salir avante en su propósito, lo diréis cuando hayáis oído esta otra *dolora* que escribió el vate haitiano aludiendo al naufragio de un amigo común de ambos, ocurrido en aquellos días, y á la despedida nuestra, que coincidió con aquel suceso. Su título, «Morir-Partir». La diré primero en francés, si me lo permitís:

## DOLORA-ACROSTICHE

Mourir-partir, deux mots créés pour la douleur !  
 Ami, tu pars ? la mort te saisit au passage...  
 Toi, tu meurs (1) : qu'est-ce doc que la mort ? un voyage...  
 Ils sont jumeaux, partir-mourir, deux fils du pleur.

L'autre jour c'était vous : le frère au doux visage  
 Dans son triste regard reflétait ma paleur,  
 Et c'est moi qui pleurais dans les yeux de la sœur  
 Gémissant ses adieux qu'écoutait le rivage.

Rêveur je murmurais : Mourir-partir... qui sait ?  
 Un temps si court suffit ; je peux mourir loin d'elle,  
 Loin de lui, doux ami, des grands cœurs le modèle.

Le bateau sombre et noir au loin les emportait.  
 Oh *partir*, affreux mot par qui tout est chimère,  
 N'es-tu pas aussi dur que *mourir*, ton bon frère ?

¡ Morir, partir, voces ambas para el dolor creadas !—¡ Partes, amigo ? La muerte de paso te arrebató...—Tú, á tu vez, mueres : ¿ qué es, pues, la muerte, sino un viaje ?—Gemelos son, partir-morir, hijos ambos del llanto.

No ha mucho érais vos : el hermano de plácido rostro—En su triste mirar reflejaba mi palidez,—Y era yo quien lloraba en los ojos de la hermana,—Gimiendo su adiós, que escuchaba la orilla.

(1) Alusión al Doctor Lahens, muerto en un naufragio.



Perplejo murmuré: partir, morir, ¿quién sabe?—Tan breve instante basta; puedo morir lejos de ella,—Lejos de él, dulce amigo, de corazones modelo.

El oscuro y sombrío bajel á lo lejos se esfumaba.—¡Oh *partir*, vocablo espantoso, que todo lo convierte en quimera,—¡No eres acaso tan cruel como *morir*, tu buen hermano?

Contrajo matrimonio el poeta haitiano con una mujer de gran corazón, Virginia Sampeur, poetisa también ella, y de la que luego se separó por virtud de la ley del divorcio, que ha existido siempre en Haití. No pudo aquélla resignarse á ver al hombre que había amado en brazos de otra mujer, y exhaló su queja en acentos de tan profundo y sincero dolor, que no puedo resistir al deseo de traducíroslo, aun cuando no entre en el marco de este trabajo. Es una elegía que, por el feliz consorcio de la sencillez y el sentimiento, corresponde al modo actual, el moderno, de sentir y expresar el dolor. Titúlase *La abandonada*, y lleva este epígrafe: «Es difícil conciliar la sabiduría con el dolor».

¡Ah, si hubiéseis muerto, dentro del alma atribulada—alzara yo una tumba y allí, en el sagrado retiro,—mis lágrimas correrían una á una, sin recelo.—Cuán hermosa en mí brillara vuestra imagen!—¡Ah, si hubiéseis muerto!

Mi corazón tornárase en urna dolorosa—que conservara del pasado la dulce reliquia,—como esos cofres de oro guardadores de perfumes;—mi alma toda sería cual rico santuario—en que ardiese inextinguible la última luz—de mi esperanza fenecida...

¡Ah, si hubiéseis muerto! Vuestro perennal silencio,—menos duro que en este día, tendría aún su elocuencia,—pues que no lo causaría tan cruel abandono...—Yo diría: él ha muerto, sí, pero aun así puede oírme,—y quizás al morir no pudo contener—este grito: «¡Perdón!»...

Pero no habéis muerto, ¡oh, dolor sin medida!—¡Congela que hace brotar la sangre de mi ser!...—Que yo no puedo, no, prescindir de mis recuerdos,—ni aun cuando os mostréis ante mis lágrimas sinceras—seco y frío, sin dar á mis profundos quebrantos—el consuelo de un suspiro...

¡Y aún vivís, ingrato, cuando todo me grita ¡venganza!—Pero yo no escucho, que, á falta de esperanza,—una sombra

de ídolo es mi único refugio:—ilusión, quimera, vano ensueño de mujer...—¡Yo os amara tanto, si no fuérais más que un alma...—¡Ah, por qué no habéis muerto!

El nombre de esta poetisa es Virginia *Sampeur*; no debe confundirse con Agripina *Samper*, la poetisa colombiana, quien, al contrario—¡y ved qué contraste, señoras y señores!, —exclamaba en un transporte de felicidad conyugal:

Ven, noche, yo te espero sin cuidados,  
tranquilo el corazón, quieta la mente;  
creo y espero en Dios omnipotente,  
tengo hijos y hermanos, tengo más:  
tengo una madre amante y cariñosa,  
hermanas que me quieren, que yo quiero,  
y, en vez del falso brillo del dinero,  
tengo un modesto y sosegado hogar.

Ruedan en tanto silenciosamente  
las horas del vivir callado mío,  
como ruedan las gotas de rocío  
sobre el pétalo terso de la flor:  
y, tal como en la turbida mañana  
cierne su luz el sol por la neblina,  
mi plácida existencia se adivina  
tras el místico velo del amor...

Y ya que hemos llegado hasta Colombia, conducidos por la áurea cadena de los versos de *Pia Rigán*—seudónimo de la Samper—, escuchad estos conceptuosos pensamientos del Doctor Rafael Núñez, el poeta filósofo, que fué después presidente de Colombia, sobre la teoría de las compensaciones:

...Es porque todo á su nivel camina:  
no hay en la rosa de Bengala espina,  
pero tampoco se la encuentra olor.  
El exceso de bien se torna en pena;  
si un sentido se agota, otro se llena;  
¡placer no hubiera sin haber dolor!

En balde el hombre la intención concibe  
de mejorar su suerte; piensa, escribe,  
tala los montes, profundiza el mar;  
porque siempre la ley de la armonía



hace que toda causa de alegría  
lo sea de pesar.

Así, ¡oh dolor! no sé cómo llamarte,  
aunque mi corazón tu espada parte  
en mil pedazos al cebarse en él.  
No sé si de la vida en el abismo  
son en definitiva un jugo mismo  
el néctar y la hiel.

...Creemos ser grandes y somos pigmeos ;  
no hay fuente que apague del alma la sed ;  
mueren y renacen sin fin los deseos ;  
el mal encontramos do vimos el bien.  
Sabios é ignorantes, pobres y opulentos,  
todos obedecen á una ley igual :  
los unos saciados, los otros hambrientos,  
¡ los unos, de ciencia ; los otros, de pan !

Oíd ahora un episodio de caza, donosamente narrado por  
la festiva pluma del celebrado hablita José Manuel Marro-  
quín, que también fué Presidente de Colombia:

Salió al campo una mañana  
un experto cazador,  
el más hábil y mejor  
alumno que tuvo Diana.

Seguíale una gran cuadrilla  
de ejercitados monteros,  
de ojeadores, ballesteros,  
y de mozos de trailla.

Van todos apercebidos  
de las armas necesarias,  
y llevan de castas varias  
perros diestros y atrevidos,  
caballos de noble raza,  
cornetas de monte, en fin,  
cuanto exige Moratín  
en su poema «La caza».

Levantán pronto una pieza,  
un jabalí corpulento,  
que huye veloz, rabo al viento

y rompiendo la maleza.

Siguen todos con gran bulla  
tras la cerdosa alimaña ;  
mas ella se da tal maña  
que á todos los aturrulla.

Y aunque pasan todo el día  
en carreras, idas, vueltas,  
y paradas y revueltas,  
es vana tanta porfía.

Y ya que mis auditores  
han visto de qué manera  
pudo escaparse la fiera  
de los tales cazadores,  
oigan lo que aconteció,  
que, aunque es suceso que admira,  
no digan, no, que es mentira,  
que lo cuenta quien lo vió.

Bajo de uno de los cerros  
que batieran aquel día,  
una viejilla vivía  
que oyó ladrar á los perros ;  
y con ganas de saber  
en qué paraba la fiesta,  
iba subiendo la cuesta  
á eso del anochecer.

Seguíale una perrilla...  
Mas, sin pasar adelante,  
preciso es que un instante  
gastemos en describilla.

Perra, de canes decana  
y entre perras protoperra,  
pasaba en toda la tierra  
por perra antediluviana.

Sarnosa era... digo mal,  
no era una perra sarnosa,  
era una sarna perrosa  
y en figura de animal.

Flaco era el animalejo,  
el más flaco de los canes ;  
era el rastro, eran los manes  
de un cuasi-semi-cx-gozquejo.

Era otrosí derregada,  
la derribaba un resuello ;



puede decirse que aquello  
no era perra ni era nada.

A ver, pues, la batahola  
la vieja al cerro subía  
de la perra en compañía,  
que era lo mismo que ir sola.

Por donde iba quiso la suerte  
que se hubiese el jabalí  
ocultado, por si así  
se libraba de la muerte;

Empero, viniendo luego  
que por allí andaba gente,  
tuvo por cosa prudente  
tomar las de Villadiego.

La vieja, entonces, al ver  
que escapaba por la loma,  
«sús»—dijo por pura broma—,  
y la perra echó á correr.

Y aquella perra extenuada,  
sombra de perra que fué,  
de la cual se dijo que  
ni era perra ni era nada...

Aquella perrilla, sí,  
cosa es de volverse loco...  
no pudo coger tampoco  
al maldito jabalí.

Ya lo véis, señoras y señores: ¡una humorada de Campoamor brotada al pie de los Andes!

De Colombia hemos de pasar á Venezuela, trasponiendo la gigante cordillera andina, para oír, como modelo de armonía imitativa, el soneto á la Libertad de Cecilio Acosta, el socio correspondiente de vuestra Academia de la Historia, jurista y orador, clásico en su país.

## A LA LIBERTAD

Brame el ponto de cólera irritado  
á empuje rudo de huracán horrendo.  
Ruja y reviente en horroroso estruendo  
el ronco remolino arrebatado.

Desdichas dé como cosecha el hado,  
pavesas sólo el universo ardiendo;  
caiga el cielo á pedazos, y cayendo  
deje al orbe en sus ruinas sepultado.

Silencio ya y pavor; devoren penas  
lo que han de devorar después gusanos;  
el resto acaben las feroces hienas

y haya sólo al dolor ecos lejanos.  
¡Esto, primero que arrastrar cadenas;  
primero, sí, que soportar tiranos!

Aquí solicito vuestra venia, señoras y señores, para alejarme un tanto del ya trazado itinerario, internándome en pos de los conquistadores hacia la meseta de los Andes, y para intercalar otro recuerdo personal, sintetizado en un soneto de mi querido amigo Carlos Augusto Salaverry, el poeta peruano, autor de las «Cartas á un ángel». Hace de ello treinta y nueve años: ambos éramos jóvenes; vivíamos en París... Había marchado él á tomar baños de mar á Cabourg, en las costas de Normandía, mientras quedaba yo de ayudante en la redacción de *El Americano*, semanario fundado en la Metrópoli francesa por el argentino Héctor F. Varela. De su balneario me envió aquél el soneto descriptivo que váis á oír, titulado *Vista de mi ventana*:

Bajo cortinas de oro el sol desmaya  
entre sombras que un túmulo semejan;  
en sus sudarios húmedos se quejan  
ondas que lamen la desierta playa.

Del horizonte en la purpúrea raya,  
como blancas gaviotas se bosquejan  
barcas de pescadores que se alejan  
y aproan al fanal del atalaya.

¡Qué cuadro, qué pincel, qué poesía!  
El cielo, el mar, la luz, la onda, la estrella,  
la nave audaz que el marinero guía...

¡Y más vasta que el mar, como él sin calma,  
y más viva que el sol, como él tan bella,  
la inmensidad de Dios que surge en mi alma!



La composición con que voy á terminar esta ya larga serie de recitaciones, es un estudio de costumbres puertorriqueñas del afamado publicista y poeta ibero-borinqueño D. Manuel Fernández Juncos, el que, aunque formado y educado en Puerto Rico, nació en Rivadesella, orillas del Cantábrico.

He escogido esta composición, no ya por tratarse de la obra de un excelente y muy querido amigo mío, sino porque ella constituye, en mi concepto, un verdadero poema que responde á todas las exigencias del arte clásico, con su exposición, su acción, su desenlace, y á las del arte moderno, con el estudio realista de los tipos que presenta y la descripción completa del medio físico y moral en que se desenvuelve el drama relatado. Su título es «La serenata».

Eran las diez de la noche,  
y la hermosa luna llena,  
como un globo de alabastro  
que en olas de luz navega,  
daba claridad al cielo,  
penumbra dulce á la tierra,  
y ese misterioso encanto,  
esa majestad serena  
con que impresionan el alma  
las noches puertorriqueñas.

Miles de insectos lanzaban  
á la vez notas diversas  
en confusión indecible  
y empeñada competencia,  
celebrando de la noche  
la brisa apacible y fresca;  
y otros de fosfóreo brillo  
y con titilar de estrellas,  
átomos de luz con alas,  
corren, giran, saltan, vuelan,  
y en su diamantino enjambre  
inundaban la maleza.

Un incitante perfume  
de jardín y de floresta  
halagaba los sentidos  
con amorosa insistencia;  
que aun en las horas de calma

es, en esta zona espléndida,  
cada planta un pebetero  
y cada flor un poema  
que en generoso tributo  
rinde Flora á Citerea.



Por un angosto sendero  
con honores de vereda,  
que sube en tortuosos giros  
hacia el lomo de una sierra,  
un jibaro (1) repechaba  
con planta firme y ligera.

Era Fernando Collores,  
mozo alegre, talla esbelta,  
tez blanca y descolorida,  
grandes ojos, barba negra,  
aire galán, busto erguido,  
rostro de líneas correctas,  
y expresión movable y vaga,  
entre sumisa y enérgica.

Siempre y por igual propicio  
á las riñas y á las fiestas,  
lo mismo improvisa un baile  
que lo acaba ó lo dispersa.

Cantador á lo adivino  
con asomos de poeta,  
nadie en el barrio le iguala  
cuando rima y *argumenta*;  
tiene acopio de cantares,  
glosa en un Jesús las décimas,  
y hace hablar entre sus manos  
la guitarra y la vihuela.

Galanteador incansable,  
no hay vecina casadera  
á quien no haya declarado  
sus amorosas ternezas;  
mas no se rinde á ninguna,  
porque es pájaro de cuenta,  
y por lo sutil y arisco,

(1) Campesino puertorriqueño de poca ó ninguna instrucción.



que al cogerle salta y vuela,  
entre las mozas del barrio  
tiene un apodo: *Guinea*.

Por eso busca en la altura  
lo que en el valle no encuentra:  
muchachas desprevenidas,  
impresionables, ingenuas,  
que le abran sus corazones,  
y le escuchen, y le crean.

Llegó, por fin, á una casa,  
detúvose en la meseta,  
miró en torno, tomó el tipie.  
acercóse á la escalera  
escupió la mascadura,  
dejó expedita la lengua,  
preludió una serenata  
de música jibaresca,  
puso acorde la voz propia  
y cantó de esta manera:



*Cuando el sabio Salomón  
con más devoción rezaba,  
llegó la reina de Saba  
y le robó el corazón.*

Despielta, Juana Ventura,  
y oye á quien tu amol implora  
dende el mismo punto y hora  
que contempló tu helmosura.

En la dolama sin cura  
que sufre mi corazón,  
jayo la desplicación  
de aquel afeuto profundo  
que ya reinaba en el mundo  
*cuando el sabio Salomón.*

Te vide en el cafetal,  
y en seguida peldí el tino  
pol ese cuelpo divino  
y esa cara celestial.

Me fuí después á rezal  
los tres quinces y la octava,  
y mama se puso brava

porque, mi bien recordando,  
 pronuncié tu nombre cuando  
*con más devoción rezaba.*

Luego el rigol de la ausencia...  
 hasta el *guateque* de Anones,  
 que aumentó las ilusiones  
 y el *aquel* de mi querencia.

¡Qué noche! La concurrencia  
 de seto á seto llegaba,  
 y cuando el *cuatro* punfeaba  
 y el *güiro* empezó á gemil,  
 tú dentrastes, es decil,  
*Uegó la reina de Saba.*

Pero ya vivil no pueo  
 en esta duda tirana:  
 asómate á la ventana  
 y dame el sí que deseo.  
 Hazlo por el rey hebreo  
 que, hallándose en oración,  
 le cogió de sopetón  
 la helmosa reina judía,  
 (menos guapa que la mía)  
*y le robó el corazón.*



Cuando la copla del tuno  
 á su conclusión llegaba,  
 oyóse un rumor muy leve,  
 se abrió un postigo en la tabla  
 y asomaron unos ojos  
 de andaluza borincana.

—¡Que Dios te bendiga, prenda!—  
 dijo el cantor en voz baja.  
 Mas en el instante mismo  
 en que el galán así hablaba,  
 la puerta de la subida  
 giró sobre sus visagras,  
 dando paso á un hombre fosco,  
 de actitud malhumorada,  
 con el cabello en desorden,  
 canosa y luenga la barba,  
 y apoyado en un machete



moruno de cinco cuartas.

Encaróse con Fernando,  
 lanzó un terno, blandió el arma,  
 y, sin más explicaciones,  
 dijo con voz alterada:

—¡Vete de aquí, sinvelgüenza,  
 ó te divido en tajadas!

Aguardóle quieto el mozo,  
 probando que no era rana,  
 y con sosegado acento  
 así dijo al de la casa:

—Apláquese, don Sabino,  
 y escúcheme dos palabras.

—¡Lalgo de aquí!—No soy perro.

—¡Juye ó te colto, canalla!

—Jable bien, pol vida suya.

—Pues vete.

—Ya voy.

—¿Qué agualdas?

—Me diré si no me insulta.

—¡A las buenas ó á las malas!

—¡No juyo...

—¡Lalgo!

—¡Me queo!

—Pues te dirás en volandas.

—Déjeme que me desplique.

—¡No hay desplicación que valga!

—Soy un hombre...

—¡Eres un pillo!

—No le robo á naide nada.

—¿A qué viniste?

—De juro

que no vine á cosa mala.

—Yo quisiera...

—¿Qué?

—¡Casalme.

—¿Con quién?

—Con... vamos, con Juana.

—¿Con mi jija?

—Con la mesma.

—¡Pues lálgate en hora mala!

—¿Pol qué lo dico?

—Lo digo

polque yo sé lo que pasa,

polque estoy en mi juicio,  
polque ojos tengo en la cara,  
polque no me chupo el dèo,  
polque conozco tus máculas,  
y no estoy aborreció  
ni está en Belén la muchacha,  
y—pa decirlo de un viaje—  
polque aún hay velgüenza en casa.  
—¡Don Sabino!—Ya lo dije;  
oye atento lo que falta:

Juana es una prenda fina,  
salvando la comparanza.  
Es moza, y no hay quien melmure  
de su aquel y de su fama.

Sabe laval; en un brinco  
teje un sombrero de palma;  
remienda, y jala la aguja  
como naide en la comalca;  
compone una melecina  
como un dotol; colta, plancha,  
coge café, y hace un guiso  
y un *majarete* sin falta.

Fué diez meses á la escuela,  
llegó á escrebil cuatro planas  
y se aprendió el salibario  
como un perico; trabaja  
en todo lo que se ofrece  
y es muy mujel de su casa.

Si regaño, no *bostica*,  
es dócil como una malva,  
y... manque yó no lo diga,  
lo que es como guapa, es guapa.

Agora dí, cómo quieres  
que un padre como Dios manda  
deje que ronde á una jija  
de tan buenas celcunstancias  
un picafior, un peldío,  
un calavera, un maraca,  
que á todas dice lo mesmo  
y que á todas las engaña?

Dejaste en el Seboruco  
una novia preparada,  
otra en Guayabal de Arriba,  
otra en Pajuil, otra en Lajas;



pol causa tuya en el Jobo  
se arañaron dos helmanas;  
tienes en Cupey un lío,  
un *enfusque* en Candelaria,  
una colteja en Gandules  
con dos pipones pol banda,  
otra que se fué al Pepino,  
otra que vive de lástima,  
y tú á nenguna le tiras  
con una triste batata.

¡ Ya ves qué bien te conozco,  
ya ves cómo sé tus mañas,  
y manque vivo en el cerro  
se me cruzan las navajas !

¡ Vete en paz y nunca güelvas  
á ponel aquí las patas,  
que ni yo he de consentirlo  
ni eres hombre para Juana—  
aunque Dios le dé patillas  
á quien no tiene quijadas—,  
y el que juzga yaguas viejas  
luego encuentra cucarachas !



Quedóse el mozo corrido  
con tan severa rociada;  
murmuró tal cual excusa,  
echó el tiple á las espaldas,  
dijo « ¡ adiós ! », siguió el camino,  
y el otro volvió á su casa,  
á tiempo que la doncella,  
después de escuchar la plática,  
recatándose en el lecho,  
triste entre sí murmuraba :

— ¡ Es lástima que sea asina,  
pues lo que es cantar bien canta !

Ha llegado, empero, el momento de concluir.

Además de las razones técnicas que proceden de la euria del lenguaje, cuyos ejemplos he prodigado con toda intención para demostrar que aquella cualdad bastaría por sí sola para hacer inmortal el castellano en América, hay un mo-

tivo de ética superior que milita en favor de la perennidad de aquél.

El idioma, por su misma función como transmisor del pensamiento, es un órgano de vida, de unión y armonía entre los pueblos, y, por consiguiente, factor esencial en el plan divino de la necesaria fraternidad entre los hombres. Suprimid el idioma de Castilla en América, y quedará trunca é incompleta la obra de la civilización en el Nuevo Mundo, porque la habréis privado del medio más eficaz de mejoramiento y dignificación colectivos—de unificación moral, en una palabra—, sin los cuales sería una mentira aquella obra civilizadora. Á ésta le falta aún hacer de todos los pueblos de origen latino un haz de fuerzas, unidas por el lazo ideal de la común aspiración y de la fe en los destinos de la raza, para llegar, así preparados, al límite en que han de encontrarse con otra raza colonizadora de métodos y antecedentes distintos, y decirle: «¡Ni tu enemiga ni tu vasalla, sino tu igual!», y como tal, dividirse con ella el dominio del Nuevo Mundo, determinado por los dos idiomas que en él se hablan.

El castellano es, pues, indispensable para el desenvolvimiento armónico del destino humano en el mundo descubierta por Colón para la Corona de Castilla.

Porque el lenguaje, señoras y señores, es el signo con que se manifiesta el alma de las razas; es el testimonio, la fe de vida que dan los pueblos de su paso por el tiempo y el espacio. Y cuando el instrumento es tan perfectamente adecuado á su fin y se adapta tan completamente á la belleza del escenario que participa de ella y contribuye á su vez á hacerla más espléndida con los recursos de su incomparable fonética, como es el caso del castellano en América, ora cante con Heredia la maravilla vertiginosa del Niágara, ya describa con Bello la pompa lujuriente de nuestra zona tórrida..., entonces la función resulta tan armónica, que, sin ser profeta, se le puede augurar que flotará perennemente sobre la onda del tiempo como obra perfecta, emanación del espíritu de una raza idealista.

Podemos, por tanto, deducir de lo expuesto que, sean cuales fueren las vicisitudes que el porvenir nos reserve, el hermoso idioma de Cervantes y Calderón de la Barca, de



---

Quintana, Campoamor y Núñez de Arce, de Teresa de Jesús, Jovellanos y la Pardo Bazán, de Castelar, de Pérez Galdós y Echegaray..., y permitidme que agregue: de la Ureña y José Joaquín Pérez..., se hablará en América—y ésta será mi última palabra—, en tanto las brisas alisias acaricien las verdes campiñas del Archipiélago antillano, mientras el Orinoco, el Amazonas y el Plata lleven en su caudal las nieves derretidas de los Andes, á presentar batalla á las aguas amargas del Océano.

ELISEO GRULLÓN.

## Menéndez Pelayo juzgando á Blanca de los Ríos.

En otro sitio de este número noticiamos la reciente publicación de dos libros de nuestra Vicepresidente, la insigne escritora Blanca de los Ríos.

No podemos ni debemos limitarnos á insertar una noticia tan insignificante por lo que, sin hipérbole, puede considerarse como un acontecimiento literario. Pero, por otra parte, tampoco queremos consignar como de nuestra propia cosecha los elogios que al referirnos á tan eximia literata habrían de agolparse en los puntos de la pluma, pues si bien es cierto que por mucho que en su honor dijéramos, en justicia sería ello parco, el intenso afecto y devoción que la profesamos pudiera quitarle algún valor.

Por eso, y porque nadie mejor que el maestro de los maestros para juzgar á una tan preclara inteligencia, reproducimos lo escrito por el insuperable y glorioso D. Marcelino Menéndez y Pelayo, que en un prólogo—como suyo, admirable—que puso al libro *Del siglo de oro*, de Blanca de los Ríos, dijo, entre otras cosas, lo siguiente:

«La Naturaleza se complació en reunir en ella dotes que rara vez se encuentran juntas, y puso en débil cuerpo femenino una alma de temple de acero, á quien no arredran los obstáculos ni rinde la incesante labor.

\*Jamás adolecerán sus producciones de aquella aridez de estilo y sequedad de alma que suele caracterizar á los simples eruditos é impide la difusión de las noticias, á veces muy útiles y peregrinas, que sus libros contienen. Sin

Monasterio de Santa María de La Rábida UNIA



el dulce calor del entusiasmo, sin el aliño de las buenas letras que dan cierta distinción aristocrática al estilo, no hay escritura legible para quien sea meramente hombre de gusto. Ni la serenidad del método histórico, ni los hábitos más rígidos de educación mental se oponen á esto. Antes, por el contrario, reclaman el concurso de todas las facultades humanas para que el proceso crítico llegue á madurez y se realice en su integridad. También el amor es fuente de conocimiento; también la imaginación tiene su parte legítima en la obra reconstructiva de lo pasado.

»Ninguna historia debe escribirse sin arte, pero menos que ninguna la historia del arte mismo. Ella requiere, como primera condición, aquel entendimiento y sentido de la hermosura, que todos los archivos del mundo no pueden dar, y que la doctrina estética desenvuelve y perfecciona, pero no crea. En suma, el historiador y crítico de arte debe participar en cierto grado de los dones de la imaginación creadora, sin lo cual le sería imposible reconocerlos y discernirlos en las obras ajenas.

»Por eso los estudios literarios de la señora doña Blanca de los Ríos se leen con tan especial deleite; y levantan tempestades de aplausos cuando un público selecto como el de los Ateneos de Madrid y Barcelona se congrega para oír alguno de ellos de labios de su inspirada autora, que pone en este género de oratoria escrita todo el brío de su alma.

»No hay modo de resistir al encanto de su palabra, fresca y jugosa, que parece que crea nueva poesía al interpretar los antiguos poemas. Es tan rara hoy la verdadera emoción estética, que cuando encontramos un alma capaz de apasionarse por lo bueno y de execrar lo malo, así en el arte como en la vida, nos sentimos arrastrados invenciblemente hacia ella y no podemos menos de tributarle homenaje.

»Una de estas almas enamoradas perpetuamente del ideal es la de doña Blanca de los Ríos, y bien pudiera de-  
Monasterio de Santa María de La Rabida UNIA

cirse, si nuestra época gustara de símiles clásicos, que las Musas asistieron propicias á su nacimiento y mecieron su cuna. Vástago de una familia de artistas y literatos, para cuya gloria bastarían (prescindiendo de los que viven) el sabio autor de la primera historia crítica de nuestras letras en la Edad Media, y el preclaro arquitecto cuyo nombre va dignamente ligado á empresas tan desemejantes como las excavaciones de Itálica y la restauración de la Catedral legionense, logró nuestra amiga el beneficio de una educación sólida y española, que hizo familiares á su mente juvenil las creaciones del arte patrio. La vocación poética se despertó en ella, como es natural, antes que la curiosidad crítica, y escribió en verso antes que en prosa, lo cual no es mala preparación para juzgar rectamente de los versos ajenos. No son los suyos labor de imitación, aunque en los más antiguos se notan las clásicas huellas de la escuela sevillana. La primavera lírica que floreció en su alma no ha cesado de renovarse desde entonces en composiciones de más íntimo y personal acento; y en el arte de la narración poética descuella á grande altura, como lo prueba su *Romancero de Don Jaime el Conquistador*, injustamente postergado en un concurso académico. Si estas obras son menos conocidas de lo que debieran, cúlpese sobre todo á la ventajosa competencia que la misma doña Blanca de los Ríos les ha hecho con sus relatos en prosa, tan sobria, tan varonil, tan enérgica; alguno de los cuales, como el titulado *La Rondeña*, recuerda el toque firme y preciso, y la impasible objetividad de Merimée.

»El arte reflexivo y maduro que en cualquiera de estas obras campea es indicio, no sólo de fuerza bien disciplinada, sino de un espíritu crítico fortificado por la lectura de los mejores modelos.»



## Cómo nació el Centro de Cultura Hispano-Americana.

### SU LABOR

Una voluntad tenaz, guiada por clarividente inteligencia y sostenida por sentimientos elevados, basta para poner en práctica cualquier empresa, aunque sea ardua y difícil.

Esto debió pensar nuestro ilustre amigo el Senador señor Palomo, cuando en 1909 propuso al Colegio de Doctores y Licenciados en Ciencias y Letras de Madrid, con motivo de celebrar éste una solemne Asamblea referente á la Enseñanza, incluir en los temas de la misma uno que se refería á establecer en nuestra Corte una Institución docente hispano-americana.

Acogido el tema con interés por los Doctores y Licenciados, y llegado el momento de su discusión en la Asamblea, el Sr. Palomo abandona la presidencia de la misma, que ocupaba por ser el organizador de ella y diputado primero del Colegio, para defender tan interesante tema.

La convicción de su espíritu por la realización de tal empresa era tal, que, aunque su elocuencia fué muy grande, sus razones aún las superaron, convenciendo á todos los asambleístas, y el tema fué aprobado por unanimidad.

Pero... no bastaba la inteligencia de este hombre, culto como el que más en asuntos de enseñanza: era preciso hacer mover esa gran palanca de la voluntad, que encontró excelente punto de apoyo en los sentimientos altruistas de nuestro iniciador del Centro de Cultura Hispano-Americana.

Desde Enero de 1910, en que se presentaron al minis-

tro de Instrucción Pública las conclusiones de aquella Asamblea, hasta el 29 de Junio del mismo año, en que el ministro Sr. Burell, en solemne sesión celebrada en el Paraninfo de la Universidad Central con asistencia del rector y decanos de las Facultades de Ciencias y Letras, representantes de las Repúblicas de la América latina y de Sociedades relacionadas con intereses hispano-americanos la clausuró, fué tiempo suficiente para que Palomo organizase el Centro de Cultura.

En efecto, en aquella sesión inaugural leyó el Sr. Silbén un trabajo muy meditado de las enseñanzas objeto del Centro.

Pero Palomo anhelaba más, y él, que tanto lucha por la confraternidad de España y la América española, él mismo leyó un hermoso trabajo de un periódico argentino, del que se desprendían impetuosos efluvios de simpatías de América hacia España.

Se correspondió á éstos leyendo la hermosa salutación á América, contenida en el libro *Andrés Bello y sus obras*, del Sr. Balbín de Unquera.

Además, las eximias escritoras Blanca de los Ríos de Lampérez y Sofía Casanova contribuyeron directamente con sus trabajos á señalar los derroteros del Centro para realizar los fines que se propone.

Veamos ahora la labor realizada por el Centro.

Desde que nació, en el año 1910, se han dado como cursos de cultura los siguientes:

Blanca de los Ríos. —Afirmación de la raza.

Rodríguez Marín. —El Quijote en América. —Don Quijote en América.

Bonilla San Martín. —Ideas filosóficas y religiosas de los americanos antes del descubrimiento.

Saralegui. —El idioma como señuelo.

Altamira. —Cultura hispano-americana.

Silbén. —La lengua, primera creación del espíritu general de la raza.



Fernández Sanz.—Psicología normal y patológica del emigrante.

Labra.—Intimidad hispano-americana.

Palomo.—La emigración española á América.

En el mismo año se dieron también las siguientes conferencias, en las que, como se verá, intervinieron ilustres y distinguidos americanos y españoles.

Unos y otros procuraron, en sus interesantes disertaciones, mover la opinión para llegar al anhelo que todos sentimos de estrechar más y más los lazos que unen la América latina con la madre España.

Las conferencias pronunciadas en el Centro de Cultura, que, así como los cursos, se publicarán formando volumen y además en folleto, corresponden á los señores don Tomás Bretón sobre «Impresiones de un viaje á América»; don Mariano Miguel del Val, «Reflejo de la vida regional española en América» y «Nuevo camino de América»; don Joaquín Olmedilla, catedrático y senador, «Beneficios que ha producido á la salud el descubrimiento de América», y «El tabaco»; D. Angel Menchaca, «La Argentina, sus adelantos, su cultura social y artística y el nuevo sistema musical de que es autor»; D. Félix Ortiz Sampelayo, «España en Argentina»; D. Rufino Blanco Fombona, «La evolución política y social de Hispano-América»; D. Rafael Pineda de Mont, «La idea de la Unión Ibero Americana en el momento actual de la evolución»; D. José Rogerio Sánchez, «Lo que debemos á América en el orden literario».

A éstas han seguido, durante el presente año, un curso sobre el tema «Influencia del teatro español en la literatura americana», en cuatro conferencias, por el doctor don José Vereá Bejarano, y otra especial, del mismo, sobre el poema «Tabaré»; las de D. Gabriel María Vergara, «La penetración intelectual en la América española»; dos de don Antonio Balbín de Unquera sobre «Geografía é Historia de Chile»; D. Fidel Pérez Mínguez, «La casa de Cer-

vantes en Valladolid»; El cónsul general de la República dominicana en Madrid, D. Eliseo Grullón, «Perennidad del castellano en América»; el catedrático de la Universidad de Sevilla, D. Feliciano Candau, «Sevilla en las relaciones hispano-americanas», y D. Andrés González Blanco sobre el tema «Menéndez Pelayo y su autoridad crítica en la literatura hispano-americana».

Esta es la labor realizada por el Centro de Cultura en menos de dos años, además de folletos que ha publicado sobre conferencias dadas y volúmenes sobre ellas, que tiene en prensa. Ahora se comprenderá el valor de lo que decíamos al principio.

La actividad de Palomo no se detiene: en la ruta señalada por él al Centro están puestas de antemano piedras miliarias que le llevarán á su fin.

Por haber contribuído á que éste se desarrolle, merecen gratitud eterna, en primer lugar, el ex ministro señor Burell, que con una elevación de miras que le honra, y con intuición, sentimiento y pasión por los grandes ideales, reconoció pública y oficialmente la constitución de este Centro, secundando desde el Ministerio los nobles esfuerzos de Palomo, concediendo una subvención al Centro, apoyado del mismo modo por los ministros que le sucedieron, señores Salvador, Gimeno y el actual Sr. Alba, á los que el Centro quedará siempre agradecido.

L. MANGAS.



## INFORMACIÓN

### Nuestras conferencias.

Con la que en este número se inserta, damos comienzo á la publicación de conferencias pronunciadas en el Centro de Cultura Hispano-Americana durante el curso actual, y lo hacemos con la referente á la permanencia del idioma castellano en América, dada por el digno representante de la República de Santo Domingo en España, Sr. D. Elíseo Grullón.

Deseábamos que inaugurara la inserción de las conferencias la de un hijo de América, y esta circunstancia concurre en el Sr. Grullón, más la de ser cultísimo literato y muy amante de la vieja cuanto hidalga madre España.



### Asamblea hispano-americana.

La Sociedad Colombina Onubense ha organizado una Asamblea hispano-americana, que se celebrará en Huelva los primeros días del entrante mes de Junio.

El 31 del corriente se reunirá en Junta general la Colombina para dar posesión de la presidencia honoraria de la misma al ilustre americanista y eminente hombre público D. Rafael María de Labra, que, en unión de su hijo don Rafael y el notable escritor y Catedrático de la Universidad Central, D. Alejo García Moreno, lleva nuestra representación.

Hacemos votos porque la Asamblea hispano-americana

de Huelva tenga el éxito más lisonjero, y enviamos anticipadamente entusiástica enhorabuena á nuestro querido amigo el Presidente de la Sociedad Colombina Onubense, Sr. Marchena Colombo.



## Representación.

El Director del Colegio de Sordomudos de esta Corte, D. Miguel Granell, digno miembro del Centro de Cultura Hispano-Americana, saldrá en breve para El Haya con objeto de tomar parte en el Congreso Internacional de Educación física, que tendrá efecto en la capital de Holanda el mes de Agosto próximo, y en el cual ostentará, entre otras, la representación de este Centro de Cultura.



## Recepción académica.

El 19 del corriente se verificó en la Academia de Ciencias Políticas y Morales la recepción de nuestro ilustre amigo el eminente hombre público D. Rafael María de Labra.

El discurso leído por el recipiendario fué, como todos los suyos, no solamente notable, sino de verdadera transcendencia para el pensamiento y la acción de España en lo que concierne á sus orientaciones internacionales.

Casi podríamos excusar, tratándose de un tan preclaro americanista como el Sr. Labra, que la mayor parte de su trabajo académico, cuyo tema fué «La personalidad internacional de España», hizo referencia á la «intimidad» hispano-americana, idea á cuya propaganda é intensificación está dedicando desde hace no pocos años gran parte de sus envidiables energías el gran polígrafo, con entusiasta



aplauso de todos los que apreciamos en lo muchísimo que vale y supone esa titánica y altruista labor.

Y es que Labra es uno de los pocos hombres de altura en la vida política y social de España que se dan cuenta exacta de la gloriosa pero también agobiadora herencia que representa para la generación actual nuestra historia y su debida continuación en el orden civilizador.

Don Rafael María de Labra ocupa desde ahora en la Academia de Ciencias Políticas y Morales la vacante que dejó un eminente tratadista de la Ciencia del Derecho, renombrado Profesor de la Universidad Central, Doctor don Benito Gutiérrez Fernández, autor de diversas obras de Derecho, que conservan indudable fama, entre ellas, especialmente, la titulada *Códigos; Estudios fundamentales del Derecho civil español*, publicada desde 1868 á 1874.

Al discurso del Sr. Labra contestó con otro muy elocuente D. Gumersindo Azcárate, que, como todo el mundo sabe, es una de las personalidades que más honran la intelectualidad española.

A gran señor, gran honor.



## Menéndez Pelayo, crítico hispano-americano.

Ya compuesto casi todo el original correspondiente al primer número de esta publicación, se supo en Madrid el fallecimiento, ocurrido en Santander, de D. Marcelino Menéndez Pelayo, una de las mayores glorias de la España contemporánea.

Tres días después era de dar una conferencia, organizada por nuestro Centro de Cultura Hispano-Americana, el joven y ya muy notable escritor D. Andrés González Blanco, cuya fama como crítico, precisamente, va acrecentándose con justicia de día en día.

El Sr. González Blanco ofreció á nuestro Presidente

tratar del preclaro profesor recién muerto, aunque no era ese el tema por él pensado para desarrollar en la conferencia que habría de darse el 24 del corriente.

En efecto; González Blanco, que á la extensa y profunda cultura que posee, tanta, que le hace figurar como uno de los intelectuales más valiosos de la juventud contemporánea, une la agilidad mental del más aventajado periodista, decidió que versara su conferencia sobre «Menéndez Pelayo y su autoridad crítica en la literatura hispano-americana».

El trabajo de González Blanco, que llevó á los salones de la Unión Ibero-Americana, en donde se celebran las conferencias del Centro de Cultura, un público numeroso y distinguido, ávido de escuchar las interesantes apreciaciones que el conferenciante expusiera respecto al tema anunciado, cautivó al auditorio.

Parece cosa peculiar de los críticos el espíritu de severidad y la tendencia á la flagelación. Extraño sería, pues, que González Blanco, crítico, prescindiera de esas condiciones, que, al ir puestas al servicio de un carácter noble y justiciero, como en él ocurre, valen para imponer correctivos muy puestos en su lugar.

Por eso, al comenzar su discurso, azotó con su ironía el rostro de los plumíferos que al morir Menéndez Pelayo se han deshecho en alabanzas del muerto, que en vida casi escarnecían con sus cuchufletas despectivas de ignaros, que «por falta de tiempo» unos y por «parecerles aburrido» otros, es lo cierto que no le leyeron, y, por tanto, le desconocían. Caso idéntico al ocurrido con el no menos ilustre Joaquín Costa.

El crítico Sr. Valbuena fué también objeto de la fina acritud de González Blanco, que vapuleó de lo lindo al conocido autor de los «Ripios americanos» por sus durezas y destemplanzas con los escritores noveles de Hispano-América.

El señalar los puntos más salientes de la interesante



disertación de Andrés González Blanco alargaría más de lo posible esta noticia, y además resultaría una tarea ociosa, toda vez que nuestros lectores podrán saborear aquélla íntegra en las páginas de esta publicación dentro de poco.



## Conferencia.

Desarrollando el tema «Bibliotecas y Archivos hispano-americanos», dará el 31 del corriente mes de Mayo una conferencia, correspondiente á la serie de las organizadas para el presente curso por el Centro de Cultura Hispano-Americana, el notable periodista é ilustrado erudito don Niceto Oneca, redactor de *El Mundo*, de esta Corte, encargado de los archivos y biblioteca de la nobiliaria casa de los duques de Osuna.



## Publicaciones.

Estos últimos días se han publicado dos volúmenes de la insigne escritora Blanca de los Ríos de Lampérez, titulados «Esperanzas y recuerdos» y «Madrid goyesco»; hermosa colección de poesías el primero, algunas escritas en los juveniles años de la autora, y de novelas cortas el segundo.

«Esperanzas y recuerdos» es reimpreso ahora, y en sus páginas, llenas de la vibrante al par que delicada inspiración de la gran poetisa española, figura «La última joya», poesía escrita por Blanca de los Ríos cuando no contaba más de quince años.

Ambos volúmenes forman parte de las «Obras completas» de tan eminente escritora, cuyo retrato puede ver el lector al comienzo de este número, así como también un interesante juicio crítico sobre ella debido al glorioso Menéndez

Pelayo, y una gallarda muestra de su elocuente prosa en las primeras páginas de esta publicación.

La ilustre personalidad de Blanca de los Ríos está tan cariñosamente ligada al Centro de Cultura Hispano-Americana, que nos impide tributarla, al referirnos á ella, los justos elogios que la corresponden.

Por otra parte, cuando á fuerza de derrochar talento y trabajo llegan las personas á la cima del renombre, como le ocurre á la autora de «El «Don Juan» de Tirso de Molina» y de «Fray Gabriel Tellez (Tirso de Molina)», los adjetivos no son, en verdad, muy precisos, y solamente son apreciables los estudios que analizan su labor.

Por eso hacemos punto, limitándonos á anunciar la próxima aparición de «Visiones de Arte», «De sol á sol» y «De Andalucía».

\* \* \*

◊ También debemos hacer constar la publicación del libro titulado «La evolución política y social de Hispano-América», debido al notable escritor venezolano, Rufino Blanco Fombona, y que lleva un interesante prólogo del presidente del Centro de Cultura Hispano-Americana, D. Luis Palomo.

El numeroso público que acude á escuchar las conferencias organizadas por nuestro Centro tuvo ocasión de apreciar y aplaudir los capítulos del libro que nos ocupa, toda vez que el Sr. Blanco Fombona los dió á conocer en el salón de actos de la Unión Ibero-Americana, en elocuentes discursos que constituyeron otras tantas conferencias.

«La evolución política y social de Hispano-América» es un libro muy instructivo, en el que amena y brevemente, pero con hondura de pensamiento y gallardías de expresión se desarrolla con gran acierto lo que su título indica.

Ya la crítica ha elogiado como se merece este libro de Blanco Fombona.

Aquí, en esta sección informativa, no cabe más que lo que hacemos: dar cuenta de su publicación.

ROBERTO DE GALAIN.